

mujer de Siquén, á la que todos hemos visto, á la que todos hemos tratado, pues hanla reproducido en sus cuadros y en sus bajorelieves nuestros artistas, la Samaritana de liturgia tradicional, presentóse con su ánfora sobre la frente á recoger agua del pozo. Bajo aquel sol, y á la hora de siesta, un cántaro poroso, en agua empapado, evaporando frescor y despidiendo gotas, atrae al sediento, como no podrá figurárselo jamás un hombre del Norte. Y Jesús tenía sed. Y como tenía sed, pidió agua de su cántaro á la Samaritana. Oirlo ésta y quedarse como fuera de sí, en extrañeza indecible, fué obra de un minuto. El pasmo y el asombro llegaron á darle aquella rigidez que nuestra lengua vulgar compara con la inercia fría de una estatua marmórea. En efecto, un espíritu nuevo pasaba por los ojos de aquella mujer privilegiada, y un verbo nuevo se oía retumbar como celestial voz en sus orejas. Distinguido israelita, de juvenil edad, y por lo mismo necesitado, como todos los jóvenes, del aura popular, pedía nada menos que agua para sus fauces á una samaritana, en quien sus correigionarios y compatriotas sólo veían veneno de víboras. Pasado el primer estupor, y satisfecha la sed ardiente de Cristo, empezó aquella cismática impenitente á departir con éste y á observarle cómo ambos á dos, dirigiéndose la palabra y escanciando

aquel cántaro, cometían un pecado contra su patria, contra su religión, contra su liturgia, porque mientras los padres de los samaritanos decían que se necesitaba venerar á Dios en el monte mayor de su tierra, los padres de los judíos decían que se necesitaba venerar á Dios en el templo altísimo de Jerusalén. Al oír esto levantóse Jesús, y abriendo los brazos, apartó como dos ríos los dos tiempos, el de la vieja y el de la moderna historia; convirtiendo los ojos al cielo, iluminó con su mirar divino el alma y el pensamiento de la humanidad. «Sí, dijo, mujer, sí; tus padres adoraron á Dios en el monte cercano, mis padres lo adoraron en el salomónico templo; pero ha llegado la hora de no adorarlo ni en montes, ni en templos, sino en espíritu y en verdad.» Sublime la palabra dicha en los primeros capítulos del Génesis, cuando, inclinado Jehovah sobre lo vacío, dijo: «Habrà luz, y hubo luz.» Pero mucho más sublime, á no dudarlo, esta fórmula murmurada por el Salvador de los hombres en los oídos vulgares de una pobre cismática, porque ha creado el espíritu, más esplendente que la luz material, y ha erigido el templo más digno de Dios, la humana conciencia.

El episodio más bello de la predicación cristiana sucede, ya en las orillas, ó ya en las olas del celeste lago de Tiberiades. Las montañas que le sirven

de marco y toman reverberaciones cambiantes á los cambios del día; la compacta superficie de sus aguas cristalinas y celestiales; las coronas de mirtos y adelfas, bajo cuyas ramas los ascensos y descensos del agua dejan piedras pulidas y conchas pintadas; la multitud innumerable de pececillos multicolores que chispean en sus linfas y la no menos innumerable de pájaros que parecen, como decía nuestro Calderón, ramilletes con alas; el esplendor de los aires unido á la dulzura del clima; la copia de frutas comparables sólo á la copia de flores; el jilguero y el ruiseñor aquí; allá las alondras y los verderones; más lejos los mirlos azules; en los peñascos las blancas cigüeñas; por doquier las palomas y las tortolillas; el rebaño, el enjambre, los odres rebosantes de leche, la espiga llena de granos, la parra con sus racimos, todo en aquella región, todo produce un idilio, convidando á creer que los hombres pueden pasar en la contemplación del ideal, alimentándose como las aves del cielo, que ni siembran, ni aran, ni cosechan; vistiéndose como los lirios del valle, que no hilan ni tejen, y Dios los ha vestido con lujo tal como no lo tuviera el mismo Salomón en su trono. Tierras así parecen ocultar las fatalidades innumerables reinantes á una sobre nuestro Universo. El hambre, que puede aquejar en otros más tristes y ásperos

climas; la desnudez, que pueda helar á otros hijos más desdichados de la naturaleza; el dolor, esparcido como un soplo de la muerte por todas partes; el combate perdurable y cruentísimo entre las especies en guerra. Por eso allí, en aquellas montañas, pudo seguramente decirse la sublime arenga que repetirán en coro todas las generaciones: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han sed y hambre de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los pobres, porque á ellos pertenecerá el reino de los cielos. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. En verdad os digo que pasarán el cielo y la tierra, mas no pasará ni una coma, ni una tilde siquiera de mi ley, hasta que todo se haya consumado. Si trajerais presentes á los altares y allí os acordarais de que vuestros hermanos tienen algo contra vosotros, deja tu ofrenda y vete, y cuando vuelvas en amistad con tu hermano, preséntala y ofrécela en las aras. Habéis oído que fué dicho á los antiguos: no perjuraréis. Mas yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer un cabello blanco ó negro. Oísteis que fué dicho á los antiguos: ojo por ojo y diente por diente, mas yo os

digo: No resistais al mal, antes á cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, ponle también la siniestra; y al que quisiere ponerte á pleito y tomarte la túnica, déjale también el manto. Al que te pidiere, dale; y al que quisiera tomar de ti emprestado, no se lo rehuses. Oísteis que fué dicho: Amarás á tu semejante y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo ahora os digo. Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y os calumnian para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, quien hace que su sol salga sobre malos y buenos y sus nubes lluevan sobre justos é injustos. Porque si amarais á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si abrazarais á vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis demás? ¿No hacen también así los gentiles? ¿Quién de vosotros podrá con afanes añadir á su estatura un codo? Pues si no podéis aun lo que es menos, ¿para qué afanaros de lo más? No os curéis de lo que deba comer ni vestir vuestro cuerpo. La vida es más que su alimento y el cuerpo más que su vestido. Los pájaros del aire, ni siembran, ni siegan, ni tienen cillero, ni alfolí, Dios los alimenta. ¿Cuánto de más estima sois vosotros que las aves? Dios viste las hierbas que hoy están en el campo y mañana en

el horno, cuanto más á vosotros, hombres de poca fe. Vosotros, pues, no procuréis que hayáis de comer ó que hayáis de beber, ni estéis en perplejidad ansiosa. Todo esto inquieta de seguro á las gentes del mundo, pero vuestro Padre sabe lo que necesitáis. Buscad el reino de Dios y su justicia, pues todo lo demás ya lo encontraréis por añadidura. Sed perfectos como es perfecto nuestro Eterno Padre que está en los cielos.»

Estas palabras fundan la eterna redención del espíritu. Allende lo que dicen ellas nada podría decirse. Imaginando una divinidad superior á cuantas han entrevisto las más claras inteligencias y han revelado los más altos cielos, no podría esa divinidad concebir superiores ideas á las encerradas por Cristo en el Sermón de la Montaña. Y no digáis que antes Krichna enseñó parábolas como esas en las orillas del Ganges; no digáis que los libros referentes á los muertos en el viejo Egipto contienen esperanzas análogas respecto de la inmortalidad; no digáis que Sócrates había ya bebido la cicuta por el Dios de su conciencia y que Platón había revelado la espiritualidad íntima del alma bajo los árboles del Pireo: las revelaciones cuasi nacionales ó de raza difundidas por las riberas del Ganges y del Nilo sacros; los dogmas encerrados en una escuela ó secta; los dichos profundos y sabios de un

filósofo cualquiera; la doctrina sublime neoplatónica; el principio moral estoico; todo lo coincidente con las alboradas y albores de la revelación cristiana ó todo lo anterior no puede acercarse, ni de lejos, al Sermón de la Montaña, inspirado por el primer corazón de la humanidad. No disputaremos nosotros la perfección clásica del dialogo que leía Catón poco antes de morir para fortalecerse y resolverse al sacrificio por la república y por la patria. Los acentos del Timeo, lanzados por Platón, el profeta, el divino, el sublime, consolarán un alma patricia con pensamientos hondos como la humana ciencia; pero no serán aquellos granos de trigo que llevaba Jesús por Nazareth, por Tiberiades, por toda Galilea, en sus manos, y con los que reclama para sí las almas de los pobres, de los infelices, de los ignorantes, de los humildes. Esa ¡oh Redentor nuestro! ha sido la ciencia tuya, esa la virtud tuya, superiores á todas las virtudes y ciencias. Tú has caldeado los divinos pensamientos de la sabiduría universal en las llamas de tu corazón ardentísimo; los has contenido en parábolas ingenuas y sencillas como el olor de los lirios y como el cantar de las alondras; los has dado en comunión á los labios de los perseguidos, y de los oprimidos, y de los esclavos; luego has muerto por ellos. Los espacios podrán enrollarse como un pergamino al fuego del incen-

dio universal; podrán extinguirse como pavesas frías arrastradas por el soplo de la muerte los astros del firmamento; pero tu Evangelio jamás podrá cerrarse y tu Verbo divino jamás extinguirse, porque los han dictado la caridad y el amor.

XXI

Ya lo hemos dicho, no aparece apenas la Virgen María en el apostolado y predicación de Cristo. Los Evangelios á una la eliden, presentándola tan sólo en alguna que otra circunstancia dolorosa de aquellas dolorosas escenas. He dicho dolorosas y he dicho mal, porque también hay un minuto gozosísimo en que María está junto á su hijo; las alegres bodas de Caná. Fuera de tal fiesta, solamente se ve á la madre cuando los fariseos quieren despeñar á su hijo, y cuando éste, por la exaltación de sus predicaciones religiosas, se halla en peligro de una enfermedad segura ó de una muerte súbita. Atentos los evangelistas á confiarnos de Jesús aquello que interesará siempre á todas las generaciones y á todos los tiempos, háblannos mucho de su historia pública y háblannos poco de su historia particular y privada. Entre las terribles señales de nuestro tiempo, ninguna tan verdaderamente infausta como la curiosidad insana que se apodera del pú-

